



## Fábula de Polifemo y Galatea

Luis de Góngora y Argote

Estas que me dictó, rimas sonoras,  
Culta sí aunque bucólica Talía,  
Oh excelso Conde, en las purpúreas horas  
Que es rosas la alba y rosicler el día,  
Ahora que de luz tu niebla doras,  
Escucha, al son de la zamponía mía,  
Si ya los muros no te ven de Huelva  
Peinar el viento, fatigar la selva.  
Templado pula en la maestra mano  
El generoso pájaro su pluma,  
O tan mudo en la alcándara, que en vano  
Aun desmentir el cascabel presume;  
Tascando haga el freno de oro cano  
Del caballo andaluz la ociosa espuma;  
Gima el lebrél en el cordón de seda,  
Y al cuerno al fin la cítara suceda.  
Treguas al ejercicio sean robusto,  
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto  
Debajo escuchas de dosel augusto  
Del músico jayán el fiero canto.  
Alterna con las Musas hoy el gusto,  
Que si la mía puede ofrecer tanto  
Clarín -y de la Fama no segundo-,  
Tu nombre oirán los términos del mundo.

I  
Donde espumoso el mar siciliano  
El pie argenta de plata al Lilibeo,

Bóveda o de las fraguas de Vulcano  
O tumba de los huesos de Tifeo,  
Pálidas señas cenizoso un llano,  
Cuando no del sacrílego deseo,  
Del duro oficio da. Allí una alta roca  
Mordaza es a una gruta de su boca.  
Guarnición tosca de este escollo duro  
Troncos robustos son, a cuya greña  
Menos luz debe, menos aire puro  
La caverna profunda, que a la peña;  
Caliginoso lecho, el seno oscuro  
Ser de la negra noche nos lo enseña  
Infame turba de nocturnas aves,  
Gimiendo tristes y volando graves.  
De este, pues, formidable de la tierra  
Bostezo, el melancólico vacío  
A Polifemo, horror de aquella sierra,  
Bárbara choza es, albergue umbrío  
Y redil espacioso donde encierra  
Cuanto las cumbres ásperas cabrío,  
De los montes esconde: copia bella  
Que un silbo junta y un peñasco sella.  
Un monte era de miembros eminente  
Este que -de Neptuno hijo fiero-  
De un ojo ilustra el orbe de su frente,  
Émulo casi del mayor lucero;  
Cíclope a quien el pino más valiente  
Bastón le obedecía tan ligero,  
Y al grave peso junco tan delgado,  
Que un día era bastón y otro cayado.  
Negro el cabello, imitador undoso  
De las oscuras aguas del Leteo,  
Al viento que lo peina proceloso  
Vuela sin orden, pende sin aseo;  
Un torrente es su barba impetuosa,  
Que -adusto hijo de este Pirineo-  
Su pecho inunda- o tarde, o mal, o en vano  
Surcada aun de los dedos de su mano.  
No la Trinacria en sus montañas, fiera  
Armó de crueldad, calzó de viento,  
Que redima feroz, salve ligera  
Su piel manchada de colores ciento:  
Pellico es ya la que en los bosques era  
Mortal horror al que con paso lento  
Los bueyes a su albergue reducía,  
Pisando la dudosa luz del día.  
Cercado es, cuando más capaz más lleno,  
De la fruta, el zurrón, casi abortada,  
Que el tardo otoño deja al blando seno  
De la piadosa yerba encomendada:

La serva, a quien le da rugas el heno;  
La pera, a quien le da cuna dorada  
La rubia paja y -pálida turora-  
La niega avara y pródiga la dora.  
Erizo es, el zurrón, de la castaña;  
Y -entre el membrillo o verde o datilado-  
De la manzana hipócrita, que engaña,  
A lo pálido no, a lo arrebolado,  
Y de la encina honor de la montaña,  
Que pabellón al siglo fue dorado,  
El tributo, alimento, aunque grosero,  
Del mejor mundo, del candor primero.  
Cera y cáñamo unió -que no debiera-  
Cien cañas, cuyo bárbaro rüido,  
De más ecos que unió cáñamo y cera  
Albogues, duramente es repetido.  
La selva se confunde, el mar se altera,  
Rompe Tritón su caracol torcido,  
Sordo huye el bajel a vela y remo:  
¡Tal la música es de Polifemo!  
Ninfa, de Doris hija, la más bella,  
Adora, que vio el reino de la espuma.  
Galatea es su nombre, y dulce en ella  
El terno Venus de sus Gracias suma.  
Son una y otra luminosa estrella  
Lucientes ojos de su blanca pluma:  
Si roca de cristal no es de Neptuno,  
Pavón de Venus es, cisne de Juno.  
Purpúreas rosas sobre Galatea  
La Alba entre lilios cándidos deshoja:  
Duda el Amor cuál más su color sea,  
O púrpura nevada, o nieve roja.  
De su frente la perla es, eritrea,  
Émula vana. El ciego dios se enoja,  
Y, condenado su esplendor, la deja  
Pender en oro al nácar de su oreja.  
Invidia de las ninfas, y cuidado  
De cuantas honra el mar deidades, era;  
Pompa del marinero niño alado  
Que sin fanal conduce su venera.  
Verde el cabello, el pecho no escamado,  
Ronco sí, escucha a Glauco la ribera  
Inducir a pisar la bella ingrata,  
En carro de cristal, campos de plata.  
Marino joven, las cerúleas sienas,  
Del más tierno coral ciñe Palemo,  
Rico de cuantos la agua engendra bienes,  
Del Faro odioso al promontorio extremo;  
Mas en la gracia igual, si en los desdenes  
Perdonado algo más que Polifemo,

De la que, aún no le oyó, y, calzada plumas,  
Tantas flores pisó como él espumas.  
Huye la ninfa bella: y el marino  
Amante nadador, ser bien quisiera,  
Ya que no áspid a su pie divino,  
Dorado pomo a su veloz carrera;  
Mas, ¿cuál diente mortal, cuál metal fino  
La fuga suspender podrá ligera  
Que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra  
Delfín que sigue en agua corza en tierra!  
Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,  
Copa es de Baco, huerto de Pomona:  
Tanto de frutas ésta la enriquece,  
Cuanto aquél de racimos la corona.  
En carro que estival trillo parece,  
A sus campañas Ceres no perdona,  
De cuyas siempre fértiles espigas  
Las provincias de Europa son hormigas.  
A Pales su viciosa cumbre debe  
Lo que a Ceres, y aún más, su vega llana;  
Pues si en la una granos de oro llueve,  
Cupos nieve en la otra mil de lana.  
De cuantos siegan oro, esquilan nieve,  
O en pipas guardan la exprimida grana,  
Bien sea religión, bien amor sea,  
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.  
Sin aras, no: que el margen donde para  
Del espumoso mar su pie ligero,  
Al labrador, de sus primicias ara,  
De sus esquilmos es al ganadero;  
De la Copia a la tierra poco avara  
El cuerno vierte el hortelano, entero,  
Sobre la mimbre que tejió prolija,  
Si artificiosa no, su honesta hija.  
Arde la juventud, y los arados  
Peinan las tierras que surcaron antes,  
Mal conducidos, cuando no arrastrados,  
De tardos bueyes cual su dueño errantes;  
Sin pastor que los silbe, los ganados  
Los crujidos ignoran resonantes  
De las hondas, si en vez del pastor pobre  
El céfiro no silba, o cruje el roble.  
Mudo la noche el can, el día dormido  
De cerro en cerro y sombra en sombra yace.  
Bala el ganado; al mísero balido,  
Nocturno el lobo de las sombras nace.  
Cébase -y fiero deja humedecido  
En sangre de una lo que la otra pace.  
¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño,  
El silencio del can siga y el sueño!

La fugitiva Ninfa en tanto, donde  
Hurta un laurel su tronco al Sol ardiente,  
Tantos jazmines cuanta yerba esconde  
La nieve de sus miembros da una fuente.  
Dulce se queja, dulce le responde  
Un ruiseñor a otro, y dulcemente  
Al sueño da sus ojos la armonía,  
Por no abrasar con tres soles el día.  
Salamandria del Sol, vestido estrellas,  
Latiendo el Can del cielo estaba, cuando  
-Polvo el cabello, húmidas centellas,  
Si no ardientes aljófares, sudando-  
Llegó Acis, y de ambas luces bellas  
Dulce Occidente viendo al sueño blando,  
Su boca dio, y sus ojos, cuanto pudo,  
Al sonoro cristal, al cristal mudo.  
Era Acis un venablo de Cupido,  
De un Fauno -medio hombre, medio fiera-,  
En Simetis, hermosa Ninfa, habido;  
Gloria del mar, honor de su ribera.  
El bello imán, el ídolo dormido,  
Que acero sigue, idólatra venera,  
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre,  
Rinden las vacas y fomenta el robre.  
El celestial humor recién cuajado  
Que la almendra guardó, entre verde y seca,  
En blanca mimbre se lo puso al lado  
Y un copo, en verdes juncos, de manteca;  
En breve corcho, pero bien labrado,  
Un rubio hijo de una encina hueca,  
Dulcísimo panal, a cuya cera  
Su néctar vinculó la primavera.  
Caluroso, al arroyo da las manos,  
Y con ellas, las ondas a su frente,  
Entre dos mirtos que -de espuma canos-,  
Dos verdes garzas son de la corriente.  
Vagas cortinas de volantes vanos  
Corrió Favonio lisonjeramente,  
A la de viento, cuando no sea cama  
De frescas sombras, de menuda grama.  
La Ninfa, pues, la sonora plata  
Bullir sintió del arroyuelo apenas,  
Cuando -a los verdes márgenes ingrata-  
Seguir se hizo de sus azucenas.  
Huyera... mas tan frío se desata  
Un temor perezoso por sus venas,  
Que a la precisa fuga, al presto vuelo  
Grillos de nieve fue, plumas de hielo.  
Fruta en mimbre halló, leche exprimida  
En juncos, miel en corcho, mas sin dueño;

Si bien al dueño debe, agradecida,  
Su deidad culta, venerado el sueño.  
A la ausencia mil veces ofrecida,  
Este de cortesía no pequeño  
Indicio la dejó -aunque estatua helada-  
Más discursiva y menos alterada.  
No al Cíclope atribuye, no, la ofrenda;  
No a Sátiro lascivo, ni a otro feo  
Morador de las selvas, cuya rienda  
El sueño aflija, que aflojó el deseo.  
El niño dios, entonces, de la venda,  
Ostentación gloriosa, alto trofeo  
Quiere que al árbol de su madre sea  
El desdén hasta allí de Galatea.  
Entre las ramas del que más se lava  
En el arroyo, mirto levantado,  
Carcaj de cristal hizo, si no aljaba,  
Su blanco pecho de un arpón dorado.  
El monstruo de rigor, la fiera brava  
Mira la ofrenda ya con más cuidado,  
Y aun siente que a su dueño sea devoto,  
Confuso alcaide más, el verde soto.  
Llamáralo, aunque muda; mas no sabe  
El nombre articular que más querría,  
Ni lo ha visto; si bien pincel suave  
Lo ha bosquejado ya en su fantasía.  
Al pie -no tanto ya, del temor, grave-  
Fía su intento; y, tímida, en la umbría  
Cama de campo y campo de batalla,  
Fingiendo sueño al cauto garzón halla.  
El bulto vio y, haciéndolo dormido,  
Librada en un pie toda sobre él pende  
-Urbana al sueño, bárbara al mentido  
Retórico silencio que no entiende-:  
No el ave reina, así el fragoso nido  
Corona inmóvil, mientras no descende  
-Rayo con plumas- al milano pollo,  
Que la eminencia abriga de un escollo,  
Como la Ninfa bella -compitiendo  
Con el garzón dormido en cortesía-  
No sólo para, mas el dulce estruendo  
Del lento arroyo enmudecer querría.  
A pesar luego de las ramas, viendo  
Colorido el bosquejo que ya había  
En su imaginación Cuplido hecho  
Con el pincel que le clavó su pecho,  
De sitio mejorada, atenta mira,  
En la disposición robusta, aquello  
Que, si por lo suave no la admira,  
Es fuerza que la admire por lo bello.

Del casi tramontado Sol aspira  
A los confusos rayos su cabello;  
Flores su bozo es cuyas colores,  
Como duerme la luz, niegan las flores.  
(En la rústica greña yace oculto  
El áspid del intonso prado ameno,  
Antes que del peinado jardín culto  
En el lascivo, regalado seno.)  
En lo viril desata de su bulto  
Lo más dulce el Amor de su veneno:  
Bébelo Galatea, y da otro paso,  
Por apurarle la ponzoña al vaso.  
Acis -aún más, de aquello que dispensa  
La brújula del sueño, vigilante-,  
Alterada la Ninfa esté o suspensa,  
Argos es siempre atento a su semblante,  
Lince penetrador de lo que piensa,  
Cíñalo bronce o múrelo diamante:  
Que en sus Paladiones Amor ciego,  
Sin romper muros introduce fuego.  
El sueño de sus miembros sacudido,  
Gallardo el joven la persona ostenta,  
Y al marfil luego de sus pies rendido,  
El coturno besar dorado intenta.  
Menos ofende el rayo prevenido,  
Al marinero, menos la tormenta  
Prevista le turbó, o pronosticada:  
Galatea lo diga, salteada.  
Más agradable, y menos zahareña,  
Al mancebo levanta venturoso,  
Dulce ya conociéndole y risueña,  
Paces no al sueño, treguas sí al reposo.  
Lo cóncavo hacía de una peña  
A un fresco sitial dosel umbroso,  
Y verdes celosías unas yedras,  
Trepando troncos y abrazando piedras.  
Sobre una alfombra, que imitara en vano  
El tiro sus matices -si bien era  
De cuantas sedas ya hiló gusano  
Y artífice tejió la Primavera-,  
Reclinados, al mirto más lozano  
Una y otra lasciva, si ligera,  
Paloma se caló, cuyos gemidos  
-Trompas de Amor- alteran sus oídos.  
El ronco arrullo al joven solicita;  
Mas, con desvíos Galatea suaves,  
A su audacia los términos limita,  
Y el aplauso al conciento de las aves.  
Entre las ondas y la fruta, imita  
Acis al siempre ayuno en penas graves:

Que, en tanta gloria, infierno son no breve  
Fugitivo cristal, pomos de nieve.  
No a las palomas concedió Cupido  
Juntar de sus dos picos los rubíes  
Cuando al clavel el joven atrevido  
Las dos hojas le chupa carmesíes.  
Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,  
Negras víolas, blancos alhelíes,  
Llueven sobre el que Amor quiere que sea  
Tálamo de Acis y de Galatea.

## II

Su aliento humo, sus relinchos fuego  
-Si bien su freno espumas- ilustraba  
Las columnas, Etón, que erigió el Griego,  
Do el carro de la luz sus ruedas lava,  
Cuando de amor el fiero jayán ciego,  
La cerviz oprimió a una roca brava,  
Que a la playa, de escollos no desnuda,  
Linterna es ciega y atalaya muda.  
Árbitro de montañas y ribera,  
Aliento dio, en la cumbre de la roca,  
A los albugues que agregó la cera,  
El prodigioso fuelle de su boca;  
La Ninfa los oyó, y ser más quisiera  
Breve flor, yerba humilde y tierra poca,  
Que de su nuevo tronco vid lasciva,  
Muerta de amor, y de temor no viva.  
Mas -cristalinos pámpanos sus brazos-  
Amor la implica, si el temor la anuda,  
Al infelice olmo, que pedazos  
La segur de los celos hará, aguda.  
Las cavernas en tanto, los ribazos  
Que ha prevenido la zampoña ruda,  
El trueno de la voz fulminó luego:  
Referillo, Piéredes, os ruego.  
"¡Oh bella Galatea, más süave  
Que los claveles que tronchó la aurora;  
Blanca más que las plumas de aquel ave  
Que dulce muere y en las aguas mora;  
Igual en pompa al pájaro que, grave,  
Su manto azul de tantos ojos dora  
Cuantas el celestial zafiro estrellas!  
¡Oh tú, que en dos incluyes las más bellas!  
"Deja las ondas, deja el rubio coro  
De las hijas de Tetis, y el mar vea,  
Cuando niega la luz un carro de oro,  
Que en dos la restituye Galatea.  
Pisa la arena, que en la arena adoro  
Cuantas el blanco pie conchas platea,



Cuyo bello contacto puede hacerlas,  
Sin concebir rocío, parir perlas.  
"Sorda hija del mar, cuyas orejas  
A mis gemidos son rocas al viento:  
O dormida te hurten a mis quejas  
Purpúreos troncos de corales ciento,  
O al disonante número de almejas  
-Marino, si agradable no, instrumento-,  
Coros tejiendo estés, escucha un día  
Mi voz, por dulce, cuando no por mía.  
"Pastor soy, mas tan rico de ganados,  
Que los valles impido más vacíos,  
Los cerros desparezco levantados  
Y los caudales seco de los ríos;  
No los que, de sus ubres desatados,  
O derribados de los ojos míos,  
Leche corren y lágrimas; que iguales  
En número a mis bienes son mis males.  
"Sudando néctar, lambicando olores,  
Senos que ignora aun la golosa cabra  
Corchos me guardan, más que abeja flores  
Liba inquieta, ingeniosa labra;  
Troncos me ofrecen árboles mayores,  
Cuyos enjambres, o el abril los abra,  
O los desate el mayo, ámbar distilan,  
Y en ruelas de oro rayos del Sol hilan.  
"Del Júpiter soy hijo, de las ondas,  
Aunque pastor; si tu desdén no espera  
A que el monarca de esas grutas hondas  
En trono de cristal te abraze nuera,  
Polifemo te llama, no te escondas,  
Que tanto esposo admira la ribera  
Cual otro no vio Febo más robusto,  
Del perezoso Volga al Indo adusto.  
"Sentado, a la alta palma no perdona  
Su dulce fruto mi robusta mano;  
En pie, sombra capaz es mi persona  
De innumerables cabras el verano.  
¿Qué mucho, si de nubes se corona  
Por igualarme la montaña en vano,  
Y en los cielos, desde esta roca, puedo  
Escribir mis desdichas con el dedo?  
"Marítimo Alción, roca eminente  
Sobre sus huevos coronaba, el día  
Que espejo de zafiro fue luciente  
La playa azul de la persona mía;  
Miréme, y lucir vi un sol en mi frente,  
Cuando en el cielo un ojo se veía:  
Neutra el agua dudaba a cuál fe preste:  
O al cielo humano o al cíclope celeste.

"Registra en otras puertas el venado  
Sus años, su cabeza colmilluda  
La fiera, cuyo cerro levantado,  
De helvecias picas es muralla aguda;  
La humana suya el caminante errado  
Dio ya a mi cueva, de piedad desnuda,  
Albergue hoy por tu causa al peregrino,  
Do halló reparo, si perdió camino.  
"En tablas dividida, rica nave  
Besó la playa miserablemente,  
De cuantas vomitó riquezas grave,  
Por las bocas del Nilo el Oriente.  
Yugo aquel día, y yugo bien suave,  
Del fiero mar a la sañuda frente  
Imponiéndole estaba, si no al viento,  
Dulcísimas coyundas mi instrumento,  
"Cuando, entre globos de agua, entregar veo  
A las arenas ligurina haya,  
En cajas los aromas del Sabeo,  
En cofres las riquezas de Cambaya:  
Delicias de aquel mundo, ya trofeo  
De Escila, que, ostentado en nuestra playa,  
Lastimoso despojo fue dos días  
A las que esta montaña engendra Harpías.  
"Segunda tabla a un ginovés mi gruta  
De su persona fue, de su hacienda:  
La una reparada, la otra enjuta,  
Relación del naufragio hizo horrenda.  
Luciente paga de la mejor fruta  
Que en yerbas se reclina, en hilos penda,  
Colmillo fue del animal que el Ganges  
Sufrir muros le vio, romper falanges:  
"Arco, digo, gentil, bruñida aljaba,  
Obras ambas de artífice prolijo,  
Y de Malaco rey a deidad Java  
Alto don, según ya mi huésped dijo,  
De aquél la mano, de ésta el hombro agrava;  
Convencida la madre, imita al hijo:  
Serás a un tiempo, en estos horizontes,  
Venus del mar, Cupido de los montes".  
Su horrenda voz, no su dolor interno  
Cabras aquí le interrumpieron, cuantas  
-Vagas el pie, sacrílegas el cuerno-  
A Baco se atrevieron en sus plantas.  
Mas, conculcado el pámpano más tierno  
Viendo el fiero pastor, voces él tantas,  
Y tantas despidió la honda piedras,  
Que el muro penetraron de las yedras.  
De los nudos, con esto, más suaves,  
Los dulces dos amantes desatados,

Por duras guijas, por espinas graves  
Solicitan el mar con pies alados:  
Tal redimiendo de importunas aves  
Incauto meseguero sus sembrados,  
De liebres dirimió copia así amiga,  
Que vario sexo unió y un surco abriga.  
Viendo el fiero Jayán con paso mudo  
Correr al mar la fugitiva nieve  
(Que a tanta vista el Líbico desnudo  
Registra el campo de su adarga breve)  
Y al garzón viendo, cuantas mover pudo  
Celoso trueno, antiguas hayas mueve:  
Tal, antes que la opaca nube rompa  
Previene rayo fulminante trompa.  
Con violencia desgajó infinita  
La mayor punta de la excelsa roca,  
Que al joven, sobre quien la precipita,  
Urna es mucha, pirámide no poca.  
Con lágrimas la Ninfa solicita  
Las deidades del mar, que Acis invoca:  
Concurren todas, y el peñasco duro  
La sangre que exprimíó, cristal fue puro.  
Sus miembros lastimosamente opresos  
Del escollo fatal fueron apenas,  
Que los pies de los árboles más gruesos  
Calzó el líquido aljófara de sus venas.  
Corriente plata al fin sus blancos huesos,  
Lamiendo flores y argentando arenas,  
A Doris llega que, con llanto pío,  
Yerno lo saludó, lo aclamó río.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**